

UN RECUERDO DE ANDRÉS

Por LUIS LOZANO

Andrés abordó la vida como un goloso lo hace con un pote de dulce de leche, equipado de cuchara sopera, paladeando cada sorbo, sin pudores y con el presentimiento de que si nada es duradero, menos aún lo es el dulce de leche. Conciliar este sensual apetito con el de otros golosos o con la vocación misionera de estimular a los indiferentes a sumarse a la fiesta es uno de los grandes dilemas de los seres humanos. Andrés se abocó a él con la pasión del goloso.

Voy a contar algunas situaciones que, en mi experiencia, muestran su interés por sus semejantes, esto es, entre otros más, por nosotros, sus amigos.

Lo conocí siendo yo alumno del curso de Penal Parte General de Eduardo Marquardt, en que Andrés era ayudante docente. El conocimiento entre personas, relación habitualmente simétrica, era unidireccional en el caso; no creo que él me hubiera registrado. Era un docente impetuoso en su empeño por comunicar mediante el criollo mecanismo de vincular funcionalmente los grandes modelos teóricos de la acción, según la concibe la doctrina alemana, con acontecimientos cotidianos familiares para el alumno. Una actitud atribuida frecuentemente a un conductor político cuyo nombre omito en atención a que decididamente, para mi querido Andrés, no era un *sex symbol* del estadista.

Varios años después, fui seleccionado para servir como secretario letrado en la Procuración General de la Nación, de cuyas filas nuestro amigo se estaba por despedir, con cierta nostalgia, en pos de generar más recursos para su nutrida familia. Ya decidida la designación, fui citado un viernes a última hora para organizar el comienzo de mi desempeño. Algún defecto de comunicación, que siempre me pareció orquestado por alguna razón superior, podría o no ser el destino, hizo que mi llegada tuviera lugar después de que quienes debían recibirme hubieran iniciado su fin de semana. Sólo Andrés estaba allí, en el piso más alto de la mansión de la calle Guido 1577. Inquiriéndome si me corría prisa, comenzó por invitarme con un primer *whiskey*, tras lo cual, apuntando a mi futuro desde la perspectiva de su pasado, me soltó algo que me quedó muy grabado, y que signó mis decisiones más de lo que pude prever en aquella oportunidad: aquí —dijo, por la Procuración General— uno descubre que el trabajo no es una maldición bíblica. Con el correr del tiempo, comprendí también que el trabajo es, según su naturaleza, parte del dulce de leche.

Después de repetir la bebida, preguntó si jugaba ajedrez —me parece que suponía *qu'un enfant bien élevé* necesariamente debía estar familiarizado con los escaques— y desplegó el tablero sobre una mesita. Consumimos varias horas, y una considerable proporción de la botella, en partidas semi-rápidas. La suerte me acompañó aquella noche (Andrés tomó revancha en partidas posteriores). El día lunes, cuando llegué, me encontré con que Andrés había hecho una especie de cuadro general de mi persona —en mi opinión y en la de otros, muy acertada— sobre la base de lo que había hecho sobre el tablero. Era un excelente analista del alma, el ajedrez había sido una ocasión, como habrían podido serlo las imágenes del Rorschach.

A pesar de haber renunciado, Andrés siguió siendo parte de la casa y de la vida de quienes quedábamos en ella. Eso nos dio oportunidad de cimentar una amistad y también conocimientos. Enrique Paixao, Andrés y yo leímos conjuntamente en largas sesiones de debates regados “Martin v. Hunter’s Lessee”.

Varios años después, y en buena medida impulsado por Andrés, comencé a recorrer los lagos del sur en gomón. La navegación es bastante distinta a la de otros botes impulsados por motor y, desde luego, a la vela, que fue mi primer contacto con la náutica. El bautismo lacustre de mi primer gomón (y el mío) fue en el lago Meliquina, donde Andrés tenía su cabaña de veraneo. La embarcación era pequeña y totalmente desarmable. Decidimos cruzar el lago. Andrés, varios de sus hijos todavía pequeños y yo. La ida fue pacífica y placentera; pero, al tiempo de regresar, se desató el viento, y con él la marejada. Comenzamos la travesía, y la pasamos bastante mal. Empapados, es decir, ateridos, que en aquel lugar es lo mismo, los chicos se asustaron y comenzaron los llantos. Decidimos desembarcarlos, cosa que la costa del lago hacía posible, después de cierto recorrido. El resto, para ellos, era caminar un largo trecho hasta arrimarse a la casa. Pero, el bote no podía ser vuelto a tierra ni trasladado por esa costa. Para retirarlo, quedaba la solución de abandonarlo, volver caminando y regresar por él más tarde cuando el lago se calmara. La solución no me gustaba, por lo que decidí aguantar el chubasco. Todo esto con muy poca experiencia. Mi voluntad era que Andrés acompañara a sus hijos mientras yo seguiría con el bote. No lo admitió, optó por acompañarme, desestimando mis protestas con una decisión de mando difícil de resistir. Calmó a sus chicos, puso al mayor, aún pequeño, al frente de la caravana y le indicó cómo volver y dónde nos encontraríamos. Me quedé desconcertado y sentí que no tenía más remedio que acatar sus órdenes. Volvió a la embarcación. Seguí en el timón. Nos golpeamos y mojamos bastante, léase, nos congelamos. Llegar fue un alivio y reencontrarnos con los chicos una bendición. No sé si nuestra pequeña aventura revela cordura, y supongo que no, pero, lo recuerdo como una demostración de su resuelta solidaridad.

Así como se colocó en posición de servicio en aquella ocasión, también lo vi hacerlo en otras en que sus problemas de salud lo acosaban, es decir, cuando aparentemente tenía más motivos para pensar sólo en sí mismo. Un ejemplo de ello fue su asunción como decano. Anunció que abandonaba la profesión,

porque, no obstante ser compatible con el cargo, sabía que muchos pensaban que no tendría fuerzas suficientes para ambas actividades, por lo que, con esa renuncia, daba las seguridades de que su servicio tendría la intensidad requerida. Y la tuvo.

Sus últimas conferencias y sus últimos alegatos como abogado también respondieron a una inclinación no invocada de servir a sus semejantes. La observo en una muy desarrollada habilidad para descubrir cómo sintetizar su mensaje en una idea única pero suficiente. Andrés no estaba preocupado por exhibir conocimientos sino por posibilitar su comprensión al oyente. Nuevamente, más el espíritu del misionero que el del ejecutante virtuoso; y el perfeccionamiento notable, casi diría manierista, aunque no era ése su estilo, de aquel estilo comunicativo del entonces ayudante D'Alessio.

Viví un ejemplo en ocasión de acompañarlo en la defensa de un querido y respetado amigo, en nuestra opinión, injustamente acusado de haber participado en la represión sistemáticamente organizada durante el último gobierno militar. Mientras preparábamos la defensa, insistí varias veces en señalar la circunstancia de cuál había sido la actitud complaciente con aquel régimen de un partido de izquierda cuyo alineamiento internacional lo colocaba en cómplice de la dictadura. No se trataba de descalificar a personas defensoras de causas populares por responsabilidades de los dirigentes, aun cuando fueran alineamientos difícilmente comprensibles a la luz de ideales democráticos, sino de llamar la atención acerca de la humildad y coraje que debe observar quien juzga a sus semejantes, cuando éstos debieron obrar en escenarios desgarradores y confusos en su tiempo, de los cuales recordamos en el presente las notas que queremos repudiar. Andrés escuchó mis protestas, aparentemente sin prestarles atención, aunque, vale señalar, sin estallar en una de sus típicas descalificaciones de lo inconducente. En oportunidad del alegato final, dividimos tareas, y él decidió asumir la de hacer una reflexión a este respecto. Consiguió llamar a los acusadores a la humildad refrescando el argumento del mal menor con que algunos habían justificado el apoyo a ciertos jefes militares. Inmediatamente, mostró con remisión a *Las manos sucias*, de Sartre, lo inadecuado de analizar linealmente la conducta de nuestros semejantes. Uno de los destinatarios de estas reflexiones, que como se comprenderá no estaban dirigidas tan sólo a los jueces, acusó el golpe. Andrés había logrado su misión: llevar al ánimo de su audiencia una idea que fue captada aun por quien previsiblemente más la resistiría. No ocultaré que, aunque no sea ésta la oportunidad de mostrarlo, aquel acusador se ha granjeado mi respeto y aprecio, sin duda, por sus talentos, y también por extensión de las mismas razones que Andrés nos explicó en aquella oportunidad.

La última vez que conversé con él, estaba internado y con respiración asistida intermitente. Mi preocupación allí era Andrés. La de él, saber de la salud de mi hija mayor, que pasaba por un mal momento, y saborear un helado que le dimos, cucharadita a cucharadita, Ana, Anita y yo.

Jamás tuve vocación por escribir para mí mismo; me refiero, por ejemplo, a un diario personal. Me doy cuenta, sin embargo, que estas líneas probablemente ilustren menos a los lectores que a mí mismo. Cuando fui llamado a contribuir a recordar a nuestro amigo, se me dio oportunidad de hacerlo con un comentario científico o personal. Siempre pensé que podía ser menos infructuoso lo primero, pero, no pude resistirme a lo segundo. Lo primero era hablar de mí mismo, lo segundo de lo que aprendí de Andrés. Quizás lo que a él le bastó un par de partidas de ajedrez para recoger, a mí me exigió un campo de observación más amplio. Y bastante más tiempo de reflexión.